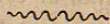




EXPLICACION
DEL
AVE MARÍA.



INTRODUCCION.



Nuestra Madre la Santa Iglesia, despues que nos enseña á dirigirnos al Soberano Criador del Universo, como á fuente inagotable de bondad, manifestándole nuestras necesidades espirituales y corporales, como el único que puede remediarlas, nos previene tambien que honremos á la Santísima Virgen María, y la llamemos en todas nuestras necesidades, como Madre de Dios, Señora y Abogada nuestra.

En verdad que no se puede decir cosa más grande de Maria, para excitar nuestra devocion

y para acogernos á ella con toda confianza, que ese titulo augusto de Madre de Dios. Pues ¿qué puede concebir el entendimiento que sea más sublime que las palabras de los evangelistas, diciendo que María era Madre de Jesus? ¿Qué podrá discurrir el hombre para darnos á conocer á esta privilegiada criatura, que sea superior á lo que el Espíritu Santo nos previene por el Eclesiástico, que á los padres por nada mejor se les conoce que por los hijos, y que el mérito del hijo es la gloria del padre?

Pues bien, si por el Hijo hemos de conocer á la Madre, ¿ha habido hombre más extraordinario que Jesus? ¿Se dice de los filósofos de la antigüedad lo que se dice de Jesus? Ciertamente que no; pues Pilatos que lo sentenció á muerte, habia escrito al Senado de Roma que era el hombre más extraordinario que se habia visto sobre la tierra. Rousseau, enemigo del cristianismo, y que tanto admira á los filósofos antiguos, se expresa de esta manera: «*Si la vida y muerte de Sócrates son de un sabio, la vida y muerte de Jesucristo no pueden ser sino de un Dios.*» Esta confesion tan clara como sencilla, hecha por un enemigo del cristianismo, da á conocer de una manera muy terminante quién era el Hijo de María, y María de quién era Madre; y por la misma razon de su alta digni-

dad, casi infinita, de Madre de Dios, se deduce lo siguiente: que María en atención á los méritos de su Santísimo Hijo, (pues en ellos consiste su honra y su gloria), fué concebida sin la culpa original, pues no podía un Dios infinitamente Omnipotente y Santo tener por Madre á una mujer comun; esto es, una esclava del demonio; no porque le faltara el poder, sino porque es contradictorio á su Omnipotencia y Santidad: y tambien la protegió por gracia tan particular y por los cuidados de tan vigilante providencia, que nunca esta bienaventurada Virgen experimentó la rebeldía de la carne contra el espíritu, ni nunca cayó en culpa alguna, ni aun siquiera venial, sino que recibió del cielo tal plenitud de gracias, que exceden á todos los dones que concedió Dios á hombre ó ángel, de modo que María es la más Santa de todas las criaturas.

El valimiento de esta Augusta Madre para con el Omnipotente, lo explica el Evangelio diciendo, que el primer milagro que hizo Jesus de convertir el agua en vino, en las bodas de Caná de Galilea, fué por intercesion de María. Es verdad que Jesus no ignoraba la necesidad, y bien pudo haberla remediado antes que Ella lo solicitara: pero no es así, espera su ruego para otorgarle el remedio, y de ese modo hon-

rarla y manifestarnos el compasivo corazon de esa amorosa Madre que se interesa por nuestras necesidades, y tambien para que entendiésemos, *que pues el Eterno Padre quiso que por ella recibiésemos á su Hijo Unigénito, en quien nos dió todas las cosas, queria tambien, que por su mediacion nos viniesen de El todas las gracias.*

¡Ah! qué razones tan poderosas para depositar en María la esperanza de conseguir del Padre de las misericordias la gracia para vivir y morir santamente! ¡Qué consuelo tan grande para el pobre y miserable pecador que arrepentido quiere volver á Dios, y lo anima la proteccion de una Madre tan compasiva, que lo ayuda á levantarse y lo confirma en la esperanza de alcanzar el perdón! Y que motivos tan justos y poderosos para honrarla y darle el culto que le es debido por tantas prerogativas que el Señor le ha concedido!

Con razon la Santa Iglesia despues de tributar al Soberano Criador del Universo la adoracion que le es debida, le tributa á María un culto muy superior al de los ángeles y santos, y la saluda continuamente con esa célebre oracion del *Ave María*.

Esta prodigiosa oracion tan pequeña y tan agradable á la Madre de Dios, tan propia para saludarla, alabarla y encomendarnos á Ella pi-

diéndole su favor y ayuda, consta de tres partes: la primera es la salutacion angélica ó palabras con que la saludó el Arcángel San Gabriel cuando le anunció el Misterio de la Encarnacion del Divino Verbo en sus purísimas entrañas por obra del Espíritu Santo: la segunda, las palabras que dirigió Santa Isabel á María, cuando ésta la visitó despues del agosto misterio que se habia obrado en Ella, y la tercera la hermosa oracion que la Santa Iglesia le dirige para obtener el remedio de sus necesidades.

PRIMERA PARTE.

Salutacion angélica.

«*Dios te salve: llena de gracia. El Señor es contigo: Bendita tú entre las mujeres.*» Las primeras palabras *Dios te salve*, quieren decir, Dios te guarde, ó la paz sea contigo: *Llena de gracia*, esto es, que María rebosa de los dones del Espíritu Santo y de los favores enteramente especiales que son privilegios únicos recibidos por esta incomparable Virgen; pero entre las gracias recibidas la que más admira es la de reunir virginidad y maternidad, esto es, ser

Madre y ser Virgen perpétuamente. *El Señor es contigo*, esto es, que la Augusta Trinidad está en María como en su templo, elevándola el Padre á Madre de su mismo Hijo: y el Hijo conservando su virginal pureza antes del parto, en el parto y despues del parto, porque El mismo dijo á Ezequiel: «*Esta puerta está cerrada: no se abrirá y hombre no pasará por ella: porque el Señor Dios de Israel ha entrado por ella y quedará cerrada.*» Y el Espíritu Santo santificando su purísimo vientre y su corazon immaculado en tanto grado, que al verla tan pura, exclama: «¡qué hermosa eres, amada mía, paloma mía, immaculada mía, y en tí no hay la menor mancha!» Y tambien está el Padre en María, como en su predilectísima Hija, el Hijo como en su tierna y amorosa Madre, y el Espíritu Santo como en su pura, casta y santa Esposa. «*Bendita tú entre las mujeres,*» esto es, más que todas las mujeres, ó á quien Dios entre todas ha colmado más de gracias. El dulcísimo nombre de María lo colocó la Iglesia en la salutacion angélica, porque este nombre divino contiene un hechizo poderoso, y es de tan maravillosa dulzura, que sólo al pronunciarlo se conmueve el corazon. El nombre de María, dice San Antonio de Padua, «es más dulce á los labios que la miel de la abeja, más grato al oido que una

armonía lejana, más delicioso al corazón que la alegría más pura.» Este nombre misterioso, en lengua siria quiere decir Señora, Ama Soberrana, y en hebreo significa Estrella del Mar.

SEGUNDA PARTE.

Palabras de santa Isabel.

Bendito el fruto de tu vientre. María, por inspiración divina, fué á visitar á su prima Isabel, que habitaba en la ciudad de Ain con su esposo Zacarías, y al presentarse ante su prima, puso la mano sobre su corazón y le dijo, «la paz sea contigo;» Isabel dió un paso atrás causándole un profundo respeto la simple fórmula de política que la Virgen le había pronunciado; repentinamente el Espíritu Profético descendió sobre Isabel y exclamó en alta voz, y dijo: «*Bendita tú entre las mujeres, y bendito el fruto de tu vientre. ¿De dónde me viene esta dicha? añadió, de que la Madre de mi Señor venga á mí? porque apenas tu voz ha sonado en mi oído, he sentido que mi hijo se ha estremecido de gozo en mi seno. Eres bienaventurada por ha-*

ber creído, pues se cumplirá lo que te han dicho de parte del Señor.» La respuesta de María fué la sublime improvisación del *Magnificat*, el primer cántico del Nuevo Testamento y el más bello de las Sagradas Escrituras.

«Glorifica mi alma al Señor: y mi espíritu se llena de gozo al contemplar la bondad de Dios mi Salvador.

»Porque ha puesto la mira en la humilde sierva suya; y ved aquí el motivo porque me tendrán por dichosa y feliz todas las generaciones. Pues ha hecho en mi favor cosas grandes y maravillosas el que es Todo-Poderoso, y su nombre infinitamente Santo. Su misericordia se extiende de generación en generación, y á todos cuantos le temen. Extendió el brazo de su poder, y disipó el orgullo de los soberbios trastornando sus designios.

»Despojó á los poderosos y elevó á los humildes.

»A los necesitados los llenó de bienes, y á los ricos los dejó sin cosa alguna.

»Exaltó á Israel su siervo acordándose de él por su gran misericordia y bondad.

»Así como lo había prometido á nuestros padres, á Abraham y á toda su descendencia.»

Por lo que se ve, Santa Isabel usó de las palabras del ángel «*Bendita tú entre las muje-*

res.» y añadió: «*Bendito el fruto de tu vientre:*» por estas palabras reconocemos que María es verdadera Madre del Salvador, y damos testimonio que todas sus grandezas le vienen del fruto que dió al mundo; se dice fruto, para significar que nació sin detrimento de su virginidad, como el fruto nace sin detrimento del árbol, y que el cuerpo de Jesús no fué aéreo ó fantástico, sino formado de la sangre de la Purísima Virgen. El dulcísimo nombre de Jesús con que concluyen estas dos partes que forman una sola oracion, lo ha puesto la Iglesia para recordarnos que de esta incomparable Madre nació el que vino á merecer y dar á su pueblo salud eterna.

TERCERA PARTE.

Palabras de la santa Iglesia.

«*Santa María, Madre de Dios, ruega por nosotros pecadores, ahora y en la hora de nuestra muerte, Amen.*» Esta segunda oracion de que se compone El Ave María, se cree que fué compuesta por el concilio que se celebró en Efeso en el año 431, cuya santa Asamblea,

compuesta de doscientos obispos, y presidida por San Cirilo, condenó la heregia de Nestorio que negaba á María su título sagrado de Madre de Dios, y la secta de los iconoclastas que arrastró sus imágenes en el fango, y las quemó en medio de las plazas públicas.»

Santa María, Madre de Dios; confesamos su santidad sobre todos los Santos, y la honramos con el incomparable título de Madre de Dios. *Ruega por nosotros, pecadores.* En estas palabras confesamos que somos delinquentes, y así como un hijo que no duda obtener el perdón de su padre, pero que no se atreve á solicitarlo por sí mismo, recurre á la intercesion de la madre, de la misma manera nosotros rogamus á María que sea nuestra abogada para con nuestro Padre celestial. Decimos, *ahora y en la hora de nuestra muerte,* porque no hay momento en la vida que no esté sembrado de peligros, y que no estemos rodeados de nuestros más formidables enemigos que continuamente tiran á perdernos; pero con especialidad en la hora de la muerte, porque entonces son mayores los esfuerzos de estos encarnizados enemigos que con tenacidad se oponen á nuestra salvacion; para esa hora suprema le decimos en esa consoladora oracion de la Salve, que tambien compuso la Iglesia: «*Vuelve á nosotros*

esos tus ojos misericordiosos! y despues de este destierro, muéstranos á Jesus, fruto bendito de tu vientre.»

ORÍGEN Y ANTIGUEDAD DEL CULTO DE LA SANTÍSIMA VÍRGEN Y DE LOS SANTOS.

«El culto de los Santos es de origen hebreo, y la prueba de ello es que pedian á los muertos consejos y curas milagrosas, cuando estos muertos habian sido profetas escogidos de Dios. En el libro 4.º de los Reyes, vemos que un muerto resucita tocándolo á los huesos de Eliseo. En el libro 1.º de los Macabeos, leemos que al gran sacerdote Onías y al profeta Jeremías, se les vió despues de su muerte orando por el pueblo. Desde los primeros tiempos de su establecimiento en Palestina, los Israelitas visitaban el sepulcro de Raquel. El sepulcro de José, salvador de Egipto, dice el Eclesiástico, que su osamenta profetizaba: era igualmente un lugar de oracion. Y tambien la costumbre de aplicar á los vivos los méritos de los muertos, viene de ellos, y lo prueba una liturgia de la Sinagoga de Venecia. En el oficio intitulado Mazir Nechamot, (recuerdo de las almas),

se lee una oracion concebida en estos términos: «Oyenos ¡oh Jehová! por el amor de aquellos que te amaron y ya no existen; óyenos por el amor de Abraham, de Isaac, de Jacob, de Sara, de Raquel, etc., etc.»

Esto prueba evidentemente que la invocacion de los santos no es una invencion católica, como pretenden algunos herejes y protestantes.

«En cuanto al culto que se da á los santos del Nuevo Testamento, data del tiempo de los Apóstoles. San Estéban, primer mártir y cuyas reliquias eran veneradas por los primeros cristianos, dice san Agustin que eran innumerables milagros que el Señor, por intercesion de su siervo, hacia á favor de ellos. El mismo santo refiere iguales cosas de san Juan Evangelista, y que recibieron culto los restos benditos de san Ignacio y de san Policarpo que consumó su sacrificio el año 166. San Cipriano que fué martirizado en Cartago el año 261, nos pinta á los cristianos de Alejandria acudiendo en tropel á los gloriosos sepulcros de los mártires para invocarlos. San Juan Crisóstomo dice que en su tiempo los sepulcros de los mártires eran el más bello adorno de las capitales, y que los dias que les eran consagrados, eran de gran solemnidad.»

Hé aquí el estado en que se hallaba el culto

de los Santos, que los protestantes califican de idolatría, en esos siglos que ellos mismos llaman los siglos por excelencia, los siglos puros.

«En cuanto al culto de la Santísima Virgen, hay probabilidad que empezó en su tumba. Los doctores judíos nos han conservado en el Talmud un hecho histórico largo tiempo desconocido y por el que consta la remota antigüedad de este culto piadoso contra el cual se han producido tantas blasfemias. Una tradición del templo consignada en sus Toldos, ese libro donde la Virgen es tratada tan insolentemente, y que sembraron en la Persia, en la Grecia y en todos los lugares en que podía dañar al cristianismo naciente, refiere que los nazarenos que venían á orar al sepulcro de la Madre de Jesús, sufrieron una persecucion violenta de parte de los principes de la Sinagoga, que costó la vida á cien cristianos, parientes de Jesucristo, por haber erigido un oratorio sobre su tumba.

«Este culto perseguido por la Sinagoga que juzgó á Jesús digno de muerte, fué trasplantado por los Apóstoles á los países idólatras con el evangelio que ella no quiso recibir. Esos pueblos, á la luz de la verdad detestan sus errores, desprecian sus ídolos, y la lámpara que ardía á sus dioses lares ó tutelares, ardía des-

pues ante la sagrada imágen de María.»

«La tradicion, testificada con varios monumentos religiosos, asegura que el culto de María es de institucion apostólica. San Pedro, yendo á Antioquia, erigió, segun dicen, en una de las ciudades de la antigua Fenicia, un oratorio á la Virgen, y lo inauguró con gran solemnidad. El apóstol san Juan colocó bajo la invocacion de María la hermosa iglesia de Lidda. La primera iglesia de Milan fué dedicada á esta augusta Madre por San Bernabé apóstol. En esas iglesias había cruces, y asimismo hubo desde el principio imágenes de María, pues la tradicion refiere que estaba pintada sobre una de las columnas de la hermosa iglesia que le habia dedicado san Juan Evangelista; y que san Lucas regaló á la catedral de Antioquia un retrato de la Virgen, pintado por él mismo. Esta imágen, á la cual aseguraban que la Madre de Dios habia llenado de favores, llegó á ser tan célebre, que la emperatriz Pulcheria la mandó traer á Constantinopla, en donde construyó una magnífica iglesia para colocarla.»

Esto prueba muy claramente que la Iglesia ha seguido hasta nuestros tiempos, y seguirá hasta la consumacion de los siglos, las costumbres de los primeros cristianos, y por consiguiente que no somos idólatras, como pretenden

los herejes, en la adoracion y culto que damos á la Cruz y á las imágenes del Salvador, á las de la Virgen, á las de los santos y á sus reliquias. *Por cuanto, dice el concilio de Trento, no creemos que en dichas imágenes haya alguna divinidad ó virtud que deba reverenciarse, sino que todo el honor que hacemos se refiere á los originales que representan, y en los Santos á Dios, que es el autor de toda santificacion y de toda gracia; y si esto no es una prueba, daremos otra que debe hallarse entre nuestros mismos adversarios, y es que una madre al ver el retrato de su hijo que ya no existe lo estrecha contra su pecho, lo cubre de besos y lo baña con sus lágrimas. ¿Y podrá decirse que esta madre hace estas demostraciones de amor á la materia de que está formado el retrato? Ciertamente que no, y si tal dijésemos, seria una horrible calumnia. Pues de la misma manera nos portamos con las imágenes.*



DEPRECACION

¡Oh Madre de misericordia! Mucho han ultrajado á tu precioso Hijo los herejes y los impios; á muchos han arrebatado del camino recto de los mandamientos del Señor, y los han

sumergido en el error; pero, ¡oh Virgen misericordiosa! Es preciso que la honra de Dios sea reparada; preciso es que vengueis los ultrajes que ha recibido en sus templos, y tambien es justo, Señora, que los ultrajes que os han hecho y siguen haciendo sean vengados. Sí, es preciso que baje fuego del cielo y los consuma; pero no el que consumió á Sodoma y Gomorra, sino el fuego que bajó á prender el precioso fruto de tu vientre en el corazon de los hombres. Véngate con tus propias manos; pero estrechándolos amorosamente sobre tu compasivo corazon para que detesten sus errores y los lloren amargamente. Acordaos, Refugio de pecadores, que al pié de la Cruz habeis recibido á todos los hijos del desgraciado Adan por hijos vuestros; sí, todos somos hermanos, pues así nos lo enseñó el dulcísimo Jesus cuando vino á rescatarnos con su Preciosa Sangre del poder del demonio. ¡Ah, Señora! no me puedo persuadir que Moisés fuera más caritativo que vos, diciendo al Señor que si no perdonaba á su pueblo, lo borraría de su libro y lo castigara en su compañía. No, mil veces no, porque vuestro corazon es semejante al de Jesus, que dió su vida por nosotros. Sí, ya parece que oigo que decís al Soberano Señor del Universo: «si no perdonais á mis hijos, borrád el título de Madre de vuestro

tro Unigénito, que por un exceso de vuestra bondad me habeis dado, y castigadme con ellos, pues tambien soy hija de Adan, si bien que preservada del comun contagio por un don gratuito de vuestra bondad... ¡Ah, Señor! Perdon al género humano por vuestro Unigénito que se hizo hombre en mi vientre para salvarlo. Apartad vuestro rostro de las iniquidades de los hombres, y ponédlo en el rostro ensangrentado de esa preciosa Víctima que os agradó darles para satisfaceros; mirad sus bellos ojos yertos por el frio soplo de la muerte; mirad despedazado ese precioso cuerpo que el Espíritu Santo labró en mis entrañas; mirad taladrados sus piés y manos; mirad por fin, Señor, esa profunda llaga que la cruel lanza abrió en su costado, y hallareis grabado el eterno amor que teneis á los hombres... Hé aquí el muro que pongo, ¡oh Padre de las misericordias! entre vuestra justa indignacion y los culpables...» Esto creo y espero, Señora, de vuestro caritativo corazon, porque ¿qué podeis pedir por los méritos de Jesus que no se os conceda? ¿Cómo podrá negaros esa gracia el que no perdonó á su Hijo por salvarnos? ¡Ah, buena Madre! Alcanzadnos el perdon de nuestros pecados y la gracia para vivir y morir santamente, pues en ello se interesa la honra y gloria de Dios.—Así SEA.

— 40 —

¡Oh, niños! Mi deseo es que tengais una devoción sincera á esta compasiva Madre nuestra, saludándola todos los dias con el *Ave María*, por cuyo medio espero sereis felices en la vida y en la muerte.—AMEN.

NOTAS O SEÑALES

DE LA

VERDADERA IGLESIA

Traducidas del latín al castellano

POR EL

Presbítero G. P.

2^a EDICION

MEXICO

TIP. Y ENCUAD. DE RAMON DE S. N. AHALUCE

Callejón de Sta. Inés núm. 5.

1899